

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

9

ENERO-MARZO

1943

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

LIC. ALFONSO NORIEGA, JR.

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... dls. 2.00

Número suelto \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

Sumario

FILOSOFIA		Págs.
Martín Heidegger	<i>El ser y el Tiempo. Introducción. (II)</i>	3
Emilio Estiú	<i>El Pensamiento de una Philosophia Prima en Nicolai Hartmann. . .</i>	31
José Gaos	<i>Galileo a los Tres Siglos. (II). . .</i>	59
LETRAS		
José Carner	<i>La España de Pérez Galdós. (I). . .</i>	75
Agustín Millares Carlo.	<i>Algunas noticias acerca del escritor do- minico Fray Alonso de Espinosa. . .</i>	85
HISTORIA		
U. von Wilamowitz Moellendorf	<i>El Desenvolvimiento del Espiritu He- lénico. (I)</i>	97
Joaquín Ramírez Cabañas.	<i>Un Historiador del Siglo Pasado. . .</i>	121
RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS		
<i>Filosofía</i>		
José Gaos	<i>Diálogos sobre Religión Natural. (Da- vid Hume.)</i>	133
Eduardo García Máynez.	<i>Etica. (Max Scheler.)</i>	137

Letras

José Luis Martínez.	<i>Escritores da Colômbia e Venezuela.</i> (Silvio Júlio.)	141
Agustín Millares Carlo.	<i>9 Poemas Inéditos del P. Juan Luis</i> <i>Maneiro. 1744-1802</i>	144
José Luis Martínez.	<i>Introducción a la Estilística Romance.</i> (Karl Vossler; Leo Spitzer; Helmut Hartzfeld.)	145

Historia

Agustín Millares Carlo	<i>Epistolario de la Nueva España. 1505-</i> <i>1818. (Recopilación de Francisco</i> <i>del Paso y Troncoso.)</i>	151
Ferrán de Pol	<i>La Independencia de México y la Pren-</i> <i>sa Insurgente. (J. M. Miquel i Ver-</i> <i>gés.)</i>	152
Julio Jiménez Rueda.	<i>Gabriel García Moreno y el Ecuador</i> <i>de su tiempo. (Richard Patter.)</i>	154
Agustín Millares Carlo	<i>La Cirugía Mexicana del Siglo XIX.</i> (Rafael Heliodoro Valle.)	156
Noticias		159
Publicaciones recibidas		163

El Desenvolvimiento del Espíritu Helénico

Está Homero en el comienzo de la historia griega; no hay cosa antes de él, ni a su lado; cunde una gran sima entre él y todo cuanto vino después; pero nada griego ha de existir que no reciba su luz o su sombra. Homero es un mundo en sí mismo, ¡y qué mundo! A ojos de muchos, hasta el presente día, pasa por la suma total del espíritu griego; a ojos de algunos, por el cuerpo total de la poesía. Lo descogido en ambas epopeyas es tan individual, tan completo, que, a pesar de todas las concesiones de detalle, la unidad de poema y autor no cesan, a cada paso, de imponerse a nuestra atención. Tan poco anticuado es Homero que no parece pertenecer a edad alguna: le situamos en una soleada mañana de la humanidad, y eso basta; pero acomodarle en la seguida de la historia, concebirle en condiciones de lugar y tiempo, se nos antoja profanación: esto, y mucho más, tiene en común con el Antiguo Testamento. Y, con todo, introducirle en este orden es el primer menester para la genuina comprensión. Los propios griegos no hicieron gran cosa para valernos en ello. Hacia el tiempo de Sócrates, una escuela de criticismo estético, redujo, no sin semeja de razón, el sagrado nombre del poeta Homero a la autoría de la *Iliada* y la *Odisea*, y así nos fueron transmitidos esos poemas, pero hemos debido pagarlos con la pérdida de todos los demás de origen igualmente homérico, y así permanece Homero más que nunca solitario. La última palabra de la filología de la antigüedad fué que Homero había de ser puramente explicado por sí solo. La filología moderna dió indicios de encaminarse a conclusión no desemejante.

Los descubrimientos de una generación ochocentista rompieron el sortilegio de este aislamiento. Sólo la ceguera voluntaria puede disociar la Ilión de Homero de la Ilión devuelta a la luz por Hissarlik, aunque los

despojos de ésta asciendan aun a tiempos harto más remotos que los de Homero y Príamo. No sólo la edad de los homéricos poetas, sino también la de los héroes homéricos surge ante nosotros de esas tumbas y baluartes. Los eslabones que la vinculan a la civilización más antigua de Asia y Egipto quedan a la vista, y ya positivos datos cronológicos nos permiten determinar la certidumbre de tal o cual trazo. Ante los actuales restos empezamos a conseguir cierta idea de la historia y los pueblos cuyo poético reflejo nos conservaron la *Iliada* y la *Odisea*.

En las costas del mar Egeo, en la segunda mitad del segundo millar de años que precediera a Cristo, existió una civilización suntuosa que había recibido impulsos del oriente y del sur, pero en la que, no obstante, reconocemos el espíritu de la Grecia inmortalizada en los poemas homéricos: y en el asiático hogar de Homero los hilos comunicantes no se nos quiebran, insuficientes, en las manos, al tenderlos en el pasado. Por otro lado, en la madre patria, otras salvajes tribus griegas, a quienes llamamos los dorios, se abrieron paso violentamente; destruyeron la antigua civilización superior, sometieron a parte de sus representantes a la esclavitud y arrojaron a los demás al Asia. Otra inmigración penetró en Asia, ésta de tribus frigio-tracias, antepasadas de los armenios; y los moradores anteriores no reducidos a esclavitud fueron empujados a tierras sureñas. Tales son las tribus a las que más tarde llamaremos los carios. Tiempo hubo en que se extendieron hacia Europa; y en unas pocas islas siguieron, por trecho de siglos, luchando contra la influencia helenizadora, a la que a largo plazo sucumbieron del todo. Pero dado que el estudio de este largo e importante período se halla todavía en su infancia, nuestro principal objeto deberá seguir consistiendo en la recogida de material; que ya la generación venidera tendrá como una de sus tareas primordiales cribar y elaborar lo que halle en acervo. Hoy por hoy nos interesa, más que cualquier copia de detalle, la inteligencia de una perspectiva histórica, tanto para encajar el tema de los poemas homéricos como para situar la práctica de esta forma de poesía y la existencia de los poetas que se sirvieron de ella.

Son los poemas homéricos legado del primer gran período de la historia griega. Podemos fijar aproximadamente el año 800 antes de J. C. como su más tardía fecha posible. El tema del Epos, la leyenda heroica, es depósito de reminiscencias históricas de aquellos tiempos primeros. Era pertinentísimo que las gentes vieran en los héroes épicos los fundadores de su patria y su civilización; pero en realidad sólo mediante Homero acertó

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

a cobrar la nación griega la primera conciencia de sí misma, de su personalidad y de la sangre común de sus venas. No únicamente en el tiempo de los héroes, sino también en el de los poetas del Epos, carecían los griegos de unidad nacional, y en cuanto al sentimiento nacional ni lo sospechaban, y lo mismo me cabe decir de su civilización. Los lances que Homero nos cuenta son en gran parte atribuidos a Argos, Tebas y Esparta; todos los héroes proceden del país que llamamos Hélade y distinguimos del Asia (Menor) como madre patria. También allí tienen su mansión casi todos los dioses homéricos. Mas ahora dioses y héroes, como la hueste aquea de Agamémnon, son llevados al ángulo norteoccidental del Asia. Aquiles conquistó Lesbos; los descendientes de Agamémnon gobiernan en Mitilene y Cime. Cime, Esmirna y Quios adquieren fama de lugares que vieron nacer a Homero. Allí, donde más tarde chocara el dialecto eólico con el jónico, de mayor pujanza, se perfeccionó el dialecto artificial de la epopeya —dialecto, digo, en tal forma no hablado en lugar o tiempo algunos— y el verso heroico, que en ningún tiempo o paraje fuera forma verdaderamente popular, y entró por vez primera en la propia Lesbos con el Epos jónico. Allí hombro a hombro de la clase gobernante, que alegaba descender de los dioses y héroes homéricos, se desarrolló una clase de bardos profesionales, y entre ellos surgieron los talentosos poetas cuyos nombres eclipsara la nombradía del solo y único Homero. Esperemos que el verdadero Homero fuera digno de tal preeminencia. Por tales homéridas el Epos, primero cantado con acompañamiento de laúd, y luego recitado, fué esparcido más y más allá de las islas y a lo largo del litoral. El tema despertaba interés dondequiera; en su carácter de especie de historia nacional, esa forma poética conquistó un ruedo cada vez más dilatado de apreciación. Gradualmente aparecieron en la madre patria bardos indígenas que aprendieron de los rapsodas errantes el arte de producir poesía en estilo homérico, esto es, de usar un habla extraña y una forma artística ajena, mas para expresar una materia nueva, aunque, sin embargo, siempre de algún modo enlazada al mundo de los héroes de Homero. Así, pues, la producción de poemas épicos, constantemente basados en la leyenda homérica, fué mantenida en la madre patria, por espacio de siglos, cuando ya había perecido en la Jonia, y la supervivencia dicha duró hasta el siglo VI. Principalmente gracias a esos círculos nos fué conservado Homero.

El punto cardinal había sido este: en el Epos homérico los griegos vinieron a conseguir un órgano de expresión capaz de expresar todo lo

que los hombres pudieran decir y oír. Se trataba de un estilo bien definido, y, aun así, altamente elástico, en modo alguno exclusivamente apto para la narración; al contrario, jamás abandonaron la práctica de verter en esta forma conocimientos de todas clases, y fué ella popularizada y hecha generalmente inteligible por la escuela, desde que hubo algún género de escuelas. Fué también usada en los encantamientos, en las inscripciones monumentales y en las pullas efímeras. La más abstracta filosofía, la descripción del cielo estrellado, el lado dogmático de la astrología, y es más, los mismos Salmos y el Evangelio de San Juan parecieron en ropaje homérico. Por igual es característico del genio de Grecia haber iniciado su desarrollo creando este modo de expresión, y en mil años no haberse cansado de él. El instinto de la forma y el apego, luego de su descubrimiento, a una forma dada, son parejamente griegos; su combinación empieza produciendo un logro sin posible paralelo, mas éste, por siglos y siglos deberá afanarse al servicio de la facilidad imitativa y el formalismo ortodoxo.

Homero, además, creó la leyenda heroica de los griegos. Todo el caudal de tradiciones y reminiscencias sueltas y desparramadas por tribus y familias, entretejidas con cuanto encerraba la memoria y la imaginación del hombre, consiguió su unidad gracias al arte de los poetas épicos. Así un nuevo y más bello alcázar fué erigido en los espíritus de los mortales, el cual esparcía tan fulgurante luz sobre el presente, que lo hacía palidecer, aun en la edad en que los hombres, todavía niños, empezaron a familiarizarse con su posesión. Allí encontraron los griegos su patria común, altiva y una, y ello por dos veces: una, mientras estaban con la espada en alto uno contra otro, y, la segunda, al caer en todo su número bajo extraños señores; y hasta el día de hoy los que hemos catado un sorbo de la fuente homérica nos sentimos casarriegos en esos ámbitos. Además los griegos recibieron sus dioses del poeta: no la fe que llena el corazón de graveza o de agilidad, de contrición o consuelo, sino los nombres y las historias, las relaciones y los amores de su hueste celestial: esto es, su mitología.

Ya este vocablo dice cuán lejos estaba su esencia de cuanto se asemeje a revelación divina y santidad. Mucho tiene la musa que contar, mucho que es incierto, pero que cobra aire verdadero. El arte homérico, por lo demás, poseía el secreto de humanizar las historias de los dioses tan eficazmente como las de las tribus y los reyes. Y en cuanto la nación prestó oído a la poesía de Homero, cautivó ese arte la fantasía de los oyentes, esto es, la de la nación cabal. Homero dió a los griegos sus dioses, y,

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

mediante ese don, todos los dioses griegos se convirtieron en hombres. Asimismo le debemos la pintura completa de la naturaleza; nos hace ver lo que nos rodea, y las dichas y desdichas que condicionan nuestra vida bajo el sol. El suave sonrojo de la aurora, el centelleo del lucero soberano del Can Mayor, el ímpetu del huracán, los murmullos del arroyo montañés, las cúspides de los abetos en el bosque de la sierra, y los haces de gamones (asfódelos) en tierras no labradas, los leones y lobos de los parajes enriscados del Asia, el caballo y el perro, compañeros del hombre, todo lo distingue, todo lo muestra y levanta en amor; y, sobre todas las cosas, el mar, eterno y eternamente nuevo, hecho ya hogar del jónico en substitución de la madre tierra. A la misma luz que él viera y destacara la naturaleza, se acostumbraron a seguir viéndola los griegos. Y lo que es más, generaciones enteras se deleitaron en la reproducción de lo una vez conseguido, y desviaron los ojos de la contemplación de lo real, cuyo infinito no hay Homero que agote.

En resumen, el juicio de Horacio sobre Homero, que reitera el veredicto de los estoicos, contiene holgada medida de verdad:

*Quid, quid sit pulcrum, quid turpe, quid utile, quid non
Plinius ac melius Chrysippo et Crantore dicit.*

Nos da Homero la acabada pintura de los hechos humanos, nos muestra a príncipes y mendigos, ancianos y niños, la virgen en capullo y la perfección de la belleza demoníaca. Tan rica es esta entereza, tan hondo en el poeta el conocimiento de la vida, que lo que se impone más claramente a nuestros ojos es el perfecto absurdo de parangonar a Homero con cualquier poesía popular. Harto más acierta Platón al llamarle antepasado de la tragedia, y la única imagen del mundo que puede reivindicar una alcurnia igual a la de Homero es la revelada en el teatro de William Shakespeare.

En este homérico diseño de la humanidad, que incluye a hombres inmortales, esto es, los dioses, y tiene por complemento la representación de la naturaleza, brilla la cualidad específica del gran poeta, que seduce a toda mente no viciada y que los mejores críticos artísticos de todos los tiempos y naciones jamás se cansan de alabar. Ella atestigua la elevada cultura psicológica tanto de los poetas como de los oyentes. No una condición de barbarie primitiva como la que Tácito pinta en sus germanos,

sino sólo una vieja civilización ricamente desarrollada podía llegar a tanto. La nueva observación de la naturaleza en las pinturas de Knossos; la rígida convención estilística del pulpo, en los áureos platos de Micenas, por ejemplo; el audaz adorno en los cacharros pintados, como el jarro de Marsella; la arquitectura de las tumbas alveolares, revelan el sentido homérico del arte en otras regiones y en un período prehomérico.

El arte homérico es, ciertamente, helénico en su mayor parte. Pero aun así no es más que un lado del espíritu helénico, el cual no es ni remotamente entendido por los que lo identifican con Homero. Ya un grave peligro amaga esta forma de arte, en hechuras de convencionalismo, de belleza estereotipada. Resulta demasiado fácil ser un homérica, y el que se satisface con este logro renuncia por él a toda aspiración de ser un Homero. Y la vida por Homero pintada cede bajo su brillante superficie no sólo mucho vacío, sino hasta el mal. Por completo carece del sentimiento de nación; no hay en ella Estado; propiamente hablando no hay religión tampoco. Esos dioses se disiparán en el aire leve como vapores matutinos al advenimiento de un dios verdadero que conquiste a su servicio los corazones de los hombres. Esos hombres y mujeres gozan y sufren; ¿con qué objeto? Para florecer y marchitarse como las ramas del bosque. ¿Cuál es el fin de todo ese mundo brillante? Los horrores de la devastación para Ilíon; y para los aqueos que vuelven a su patria en sus naves, el naufragio.

Acababan los jónicos en aquella edad de ser arrancados a sus montañas y fuentes nativas, a sus antepasados y a sus dioses; en cruel adversidad habían luchado, hasta el triunfo, para obtener nuevas colonias en una costa extranjera y junto a extrañas razas. Se habían visto obligados a alejarse de su madre tierra: el mar no puede reemplazarla, pues sólo la tierra es *θεομοφóρος*. De suerte que los herederos legítimos de los poetas homéricos son los mismos hombres que de los ideales homéricos se despojaron: el mercader milesio que atraviesa los mares, funda factorías y ciudades, se mezcla con todas las naciones, reúne información y riqueza en todas partes; el artista jónico que abandona las excrescencias del estilo convencional al paso que la convencional leyenda heroica, en su búsqueda de lo característico e individual; el subjetivo pensador de Jonia que busca en su propio seno la solución del enigma del mundo, y ya descubra la ley cósmica en él, ya en la contemplación de los cielos, implacablemente ha de echar lejos de sí las bellas ilusiones de Homero.

En tanto, en obscuridad y miseria, surge lentamente otra Grecia en la madre patria. Los inmigrantes, a cuyo acoso los pueblos de Agamémnon,

Aquiles y Néstor —de no haberles ya esclavizado sus acerbos señores— cruzaran, huyendo, el mar, deberán empezar su tarea desde el principio. Los restos de la civilización antigua permanecen en medio de ellos, incomprensibles y misteriosos como los baluartes romanos en los países inundados por el caudal germánico de la gran migración. Donde, como en Esparta, las formas de vida características de las condiciones migratorias quedaron preservadas en el arte, sobrevivió aquella primitiva rudeza que, para citar un ejemplo, permitía sólo el uso del hacha y no del cepillo en el labrado de un pilar de puerta. Dondequiera reconocemos las antiguas y más bajas formas de religión: el culto de los fetiches, el totemismo, la sombría forma del culto de los antepasados; los sacrificios humanos son frecuentes. El trazo ornamental ha perdido el voluptuoso deleite en la forma, propio del período heroico; empieza con líneas y puntos. La influencia del Oriente habrá sido totalmente detenida por un tiempo. Hesíodo nos muestra cuán desplazado debió de hallarse un griego asiático en ese mundo; él, en efecto, prorrumpe en invectivas contra la aldea heliconia que fuera la patria de ese hijo de un inmigrante eolio. Una gran parte del país, no sólo la entera costa occidental, sino también Tesalia, patria de Heleno, o dígase de la nación entera, jamás volvió a desempeñar papel activo en la civilización. Esta, naturalmente, hubo de ser dispensada por los griegos de Asia; y, por su parte, las ciudades de la frontera oriental en que preponderaban los restos de la población primera, Atenas y Eubea, a las que se añadiera, entre las ciudades dóricas, la marítima de Corinto, fueron puertas de entrada de la civilización. Pero el proceso de recibirla y assimilarla se llevó a cabo, en general, bajo la presión de nuevas formas de vida, que reciben su nombre del de los dorios. Con respecto al período más antiguo, faltan no sólo pruebas directas, sino, a cada paso, información digna de crédito. Sólo a principios del siglo VI se hace posible, hasta cierto punto, comprender esta civilización; pero sus instituciones, su reflejo en la leyenda heroica, y el carácter de la religión (no mera mitología) permiten algunas inferencias. Recios andaban los tiempos; en general, sólo la clase gobernante descollaba sobre la lucha triste, inquieta, miserable por el pan cotidiano; y, a ella obligados, los siervos acababan, en muchos casos, con sus vidas. Sólo al fin del período empiezan a avanzar las gentes más allá de la agricultura primitiva, pero no dondequiera. La agricultura y cría de ganados siguen siendo los medios de vida principales. La clase gobernante es guerrera; donde lo permiten las monta-

ñas, se dedican al deporte de las carreras de caballos, aunque para fines guerreros los jinetes poco valen. Más encumbrado en la estimación pública permanece el ejercicio físico, que en tiempos de sosiego reemplaza al servicio militar: la gimnástica griega, de que Homero sabe escasamente, fué consagrada mediante los juegos competitivos que, por grados, no sólo vinieron a ser los momentos culminantes de la vida de aquellas gentes, más también suscitaron el primer asomo del espíritu público.

Los árbitros de los juegos olímpicos fueron los primeros en aplicar el nombre de Helenos a la nación, o, hablando con mayor exactitud, a la clase gobernante. Porque en efecto, llegó a acaecer que, aunque políticamente divididos en cantones innumerables, aunque envueltos en perpetuas contiendas e irreconciliables animosidades locales, los miembros de esta clase se reconocieran unos a otros, se casaran entre sí, establecieran una tregua para los festivales, y hallaran su común interés en el mantenimiento de su supremacía de clase contra las intrusiones de los órdenes inferiores. La defensa de la organización patriarcal pone a Esparta a la cabeza de una laxa federación. El espíritu de la edad es viril. El paño ijar es abandonado para los ejercicios gimnásticos, la desnuda forma masculina es el más bello de los objetos. No sólo el amor a adolescentes se convierte en institución nacional, sino en la sola querencia en que el amor reclama la cooperación del espíritu. Todo opondrá a Homero el más vivo contraste. Los ejercicios físicos requieren el dominio de sí mismo y el entrenamiento; el servicio militar, la obediencia; la supremacía clasista no es favorable al predominio del hombre por sí y ante sí, antes exige la subordinación a la clase. Así pues, esas gentes se ejercitaron austera y estrictamente, y obtuvieron imperio sobre todo su ser, cuerpo y alma. Instauraron el ideal del hombre perfecto, que por entrenamiento y obediencia consigue el derecho a ser libre y a ejercer autoridad. Y le ofrecieron la posibilidad de convertirse en parejo a los dioses; así había entrado Hércules en el cielo; pero en la tierra le matuvieron cercado de hitos, elevando por cima de él otro ideal griego, el de la libre comunidad autónoma: el conjunto de hombres libres igualmente dignos y por ende igualmente privilegiados. Por más alteraciones que sufrieran en la realidad, ambos ideales permanecieron inviolados, y constituyen el elemento específicamente europeo que los griegos acreditan contra el Oriente: los griegos de la madre patria, entiéndase bien, pues Homero sólo sabe de un individualismo desenfrenado: rinde homenaje al héroe que, tanto en el bien

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

como en él mal, no conoce límites. A los actuales nobles no se concede venia de aspirar allende los linderos de su clase, ni desean llegar a tanto. Inventaron un ideal de felicidad que podía ser realizado en este suelo: lo único que se exigía era permanecer dentro de unos límites. Hércules, el héroe ideal de esta sociedad, no conoció sino trabajos en la tierra, pero a cambio de ello, dió, por su propia fuerza, el paso de lo humano a lo divino. Esta alta concepción revela el gran trecho a que la confianza dórica en el hombre creyó poder dejarse llevar.

Ha nacido el hombre libre; el poder por cima de él, al que llamamos sociedad o Estado, ha nacido también; en aquel tiempo se le llamaba Ley o Costumbre: *Nomos*; y este poder era santificado por la existencia de un exponente de la revelación divina, el dios (esto es, el Apolo) de Delfos. La autoridad de este dios, y de los oráculos con que se manifiesta a través de sus sacerdotes, es indiscutible. Se dirige al mortal con la advertencia "Conócete a ti mismo", esto es, como criatura de condición perecedera. Impone el dominio de sí mismo, la propia contención; los numerosos adagios griegos que recomiendan permanecer moderado, el elogio del punto medio y de la igualdad, los encomios dirigidos a la *sophrosyne* pertenecen a este período y a este mundo. Es evidente que no se hubiera machacado tanto sobre esta virtud de no haber sido tan rara; mas por erróneo que sea imaginar a los griegos como dechados de las virtudes que recomiendan, la fijación de este ideal moral es significativa: vale como complemento a la fe en el poder que asiste al hombre para conseguir por su fuerza la admisión celeste. Bajo la dirección de Apolo, la música viene a cobrar su sitio al lado de la gimnasia: también la música señorea los malos instintos: se encerrará en sus lindes toda la cultura intelectual alcanzada por esa sociedad. Aprende a cantar el muchacho, a tañer el laúd, a obedecer al compás en la danza; y todo ello es amparado por la consagración del culto. Menester es que reine la armonía en el deporte y movimientos del cuerpo, e igualmente en los del espíritu. El flautista ocupa su lugar en la columna en marcha; es notable adelanto que la línea de combate avance ya al encuentro del enemigo marcando el paso y en hileras compactas: ello se da por tema adecuado al arte del pintor, y no sin justicia. La casta gobernante no produce a menudo a un poeta que al mismo tiempo sea músico; los poetas son en su mayor parte traídos del Oriente; pero los nobles deben poder cantar las canciones, danzar y aun improvisar unos versos sobre una melodía dada, entre las bebidas. También el sexo

femenino toma parte en la música; son populares los coros de doncellas, y se dan con más frecuencia entre los nativos poetisas que poetas. Junto a la gravedad solemne, hallamos, en tiempos prefijados del año ceremonial, el más desenfrenado goce, la más arrebatada orgía, la más grosera especie de parodia; pero ello es refrenado; y encanta especialmente a las categorías sociales inferiores, y no halla su expresión artística hasta un período ulterior.

Como todas las instituciones, ese culto y el entero sistema del rendimiento a Apolo no fué instaurado sin fiera lucha; y se incorporó, y así las hizo innocuas, hartas cosas a las que no podía dar despido. Eso ocurrió muy especialmente con el éxtasis. Hubo un tiempo en que conmoviera a la nación un poderoso movimiento religioso que hallaba su venero en las religiones frigio-tracias: se trataba del gran dios Dionysos, el que recorre la tierra en demanda de fe, de fieles, que convierte a los hombres en posesos de su espíritu y permite al mortal experimentar lo que él mismo había experimentado y sigue sin cesar experimentando de nuevo: la locura divina, la muerte y la resurrección. El movimiento, naturalmente, cundió también entre los griegos orientales, pero allí no cautivó los espíritus; los griegos homéricos no habían nacido para apreciar el misticismo. En la madre patria, en cambio, la religión, que iba siendo por grados homerizada, experimentó una corriente reversa, capaz, sin duda, de convertirse en subyacente, pero sólo si su curso era conducido junto al cauce de la religión oficial, y Apolo transigía con Dionysos. En círculos más angostos, fuera de la religión oficial, esa doctrina y práctica basadas en el éxtasis, redención del hombre, había de conservar en todo tiempo sus apostaderos; la antigua religión de Deméterá pasó por crisis similares, y la incorporación al culto oficial de ritos secretos como los practicados en Eleusis, no bastó para sofocar el anhelo de una religión individual. Mas por el momento, el sistema apolíneo triunfa.

Viene ya a añadirse la arquitectura dórica a la solemne interpretación de la música de igual origen. El templo, casa de la imagen del dios, erigido, no para el culto de una congregación, sino para las procesiones solemnes o la meditación devota, expresa por modo consumado la actual piedad. Que los dioses tomaran forma de hombres, es efecto del temple homérico; pero Zeus, como varón desnudo precipitando el rayo, Apolo como desnudo mozo, las serenas, majestuosas matronas y doncellas, constituyen el ideal dórico de la divinidad. Se consiguen además las estatuas de gentes, la ima-

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

gen masculina (*ἀνδρικός*) y la imagen virginal (*κόρη*). Ciertamente vino de tierras orientales la inspiración de estas artes; pero lo que nos interesa y deleita en la pintura arcaica y sobre todo en los ejemplos de ella que se nos antojan típicos por genuinamente griegos, es el elemento dórico; se revela a nosotros no sólo en las Eginetas y las estatuas de mancebos desnudos que son tan dioses como hombres, sino también en el Idolillo y el Auriga délfico, la Hestia Giustiniani y la corredora de los juegos olímpicos, y en las obras de Policlito como luego en las de Mirón, pues Atenas participa por largo tiempo de esta cultura, cuyo principal profeta en la hora duodécima fué el tebano Píndaro, dotado para mostrarnos a la vez su esplendor y su lejanía del sentimiento moderno. Hasta el día, Homero y los Atenienses producen viva impresión en toda mente insofisticada; Píndaro exige tenaz estudio histórico, como Virgilio, el Dante y Calderón.

Por su asiento geográfico, y los estrechos lazos de consanguinidad entre su población y los jónicos, Atenas se veía destinada a unir las civilizaciones de Oriente y Occidente. La relativamente vasta península del Atica, tan cerrada que es casi insular, había ya llegado a constituirse en unidad política en tiempos anteriores. Ciertamente que el gobierno aristocrático tenía reducidas a las gentes menos ricas de la población labriega a condición de servidumbre; pero al dar entrada al olivo, creó una agricultura provechosa; y, como los dorios en Corinto, admitió el comercio como ocupación no denigrante para las gentes de rango. Las condiciones materiales para el mejoramiento eran hartamente más favorables que en la cercana isla de Egina, donde era el comercio mero asunto de la clase gobernante, que labraba sus tierras con esclavos comprados. Pero la rápida elevación de Atenas sobre su obscuridad primera y hasta alcanzar suma categoría, se debió a un solo hombre, que inició la consumada unión de Oriente y Occidente: el sabio Solón. De noble cuna, y simpatizante en los estilos del vivir dórico, había, con todo, viajado a costas remotas como mercader, dejado entre los jonios todo prejuicio, superstición y misticismo, y sobre todo, alcanzado el poder de valerse de la poesía para la exhortación, no sólo moral, sino también política. Le inspiraba la más plena confianza en el poder, sabiduría y justicia de Dios, y en la bondad de la naturaleza humana; todo lo que ésta requería era libertad para ejercitarse sin estorbo e impedimento: necesidad que hallaba su compleción en el orden social, a fin de que los demás hombres pudieran igualmente gozar de la libertad a que tenían derecho. Su pueblo tuvo fe en él, y puso la organización del estado en sus manos. Solón asignó

el poder al pueblo entero, esto es, a la cambiante mayoría de libres y honrados atenienses, y dió a todos acceso a la asamblea nacional, a la junta ejecutiva, al consejo deliberativo y al tribunal nacional de justicia. Quedaba, en principio, establecida la democracia. Y el principio de libertad e igualdad no había de ser obscurecido ni por el abuso ni por el uso inadecuado; la única limitación a que se le sometiera es el principio superior que Solón mismo pusiera por cima de él, y que nunca desaparece, al menos en teoría, de la política de los griegos: el principio de la justicia.—Cualesquiera que fueran las modificaciones ulteriores de ella, con Solón nació la constitución municipal, no sólo de Atenas, sino de Grecia; y ella dura por todo el trecho en que acierta a revelarse el espíritu griego en continuidad histórica: libre estado de los hombres libres. A decir verdad, al pronto no pudo la libertad ser mantenida en Atenas. Pero las contiendas de las grandes familias, que por otros cien años lucharon entre sí para alcanzar la supremacía, no hicieron más que consentir tiempo a la ciudad para absorber más plenamente el espíritu jónico, desarrollar la industria y el comercio al lado de la agricultura, explotar la libertad económica que ya jamás debía verse embarazada, y acumular, en todas direcciones, fuerza para el momento decisivo. Este se presentó al plantearse la cuestión de si Europa acabaría engullida por el despótico imperio mundial del Asia, al que ya la Grecia homérica había sucumbido ingloriosamente. El problema no era de diferencias nacionales, sino sencillamente de libertad o servidumbre: servidumbre, hay que decirlo, como la que a menudo acepta el prudente, supuesto que no aparece amenazar la libertad individual. Pero el estado o clase libre, la democracia de Atenas, no menos que la aristocracia del Peloponeso, se negó a soportarla. La línea de batalla ateniense ganó la victoria de Maratón, triunfó del elemento dórico. El arma para la victoria marítima de Salamina había sido rápidamente forjada por el genio de Temístocles, jónico moderno en todos los sentidos de la palabra. A pesar de todos los cálculos humanos, Jerjes fué derrotado y obligado a renunciar a sus pretensiones al dominio de Europa entera.

Se convirtió entonces el espíritu de Grecia en idea nacional; la parentela griega no sólo compareció, sino que convirtió a Atenas —por ser Esparta demasiado tardía—, en centro guarnicionado de una confederación que reunía poder y extensión sin precedentes en el transcurso de la historia griega. La concepción para lo futuro de un vasto imperio griego, y la confederación nacional, parecían en aquellos momentos de posible realización,

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

ya que el primer bosquejo de ello había conseguido cobrar forma. Además, políticamente, Atenas parecía destinada a unir a griegos de oriente y occidente; y si tal hacía, los griegos se enderezarían sin falta a la posesión del mundo.

Bajo los auspicios de esos grandes tiempos la tragedia ática salió a luz como expresión la más perfecta de la unión del helenismo occidental con el oriental, acuñada con los trazos del gran período que la vió nacer; pues sólo luego que Esquilo, el guerrero de Maratón, hubo tomado la leyenda heroica de Homero por fundamento de los antiguos festivos extáticos de Dionysos, y hubo reemplazado los sátiros por el solemne coro dórico, y duplicado el recitador jónico, no fué descubierto el drama que, sublime más allá del alcance de lo meramente inmortal y permaneciendo aún como parte del culto del dios, llevaba en sí no obstante el germen desarrollable de la pintura de la vida humana, con apelación más directa y eficaz que el relato del rapsoda o el canto del bardo. Gran despliegue de talento se adaptó a esta nueva forma, que permaneció ateniense aun en el caso de que los autores vinieran del extranjero, y se hizo cada vez más ateniense, humana y moderna. Pero nadie se arriesgó a abandonar los temas homéricos y a buscar directamente el contenido de la vida contemporánea. Y así hubo de seguir, aunque con la decadencia del imperio ático y de sus grandes poetas, la tragedia (ya como drama ático, ya como parte del culto) hubiera perdido todo derecho intrínseco al tema de la leyenda heroica. De nuevo aquí, la autoridad de un gran logro condenó la posteridad a las simas de la imitación. La forma de drama conocida en Atenas por comedia fué considerada como materia enteramente distinta; y ciertamente se había alejado ya no poco de su fuente inicial (la misma mascarada y el mismo éxtasis dionisiaco) cuando le dieron forma ingeniosos poetas atenienses y la promovieron a género literario. La comedia se convirtió en escénica, y siguió las líneas de la tragedia al concentrarse alrededor de una acción definida. Fué no menos portentoso que ella sirviera por tanto tiempo un propósito del momento y del círculo necesariamente circunscrito de la sociedad ateniense, mas por esta misma razón no ejerció influencia generalizada, y se vió destinada a hacerse añicos con el colapso de la fábrica política y social. La última realización literaria de Atenas consistió en transformarla, hacia el tiempo de Alejandro, en una pieza definida, puramente recitativa, que ocupaba exactamente la misma relación con respecto a la vida contemporánea que la final tragedia con respecto a las leyen-

das heroicas. Esta nueva comedia mereció y recibió el mismo clásico *imprimatur* que la tragedia, pero se mantuvo también en sujeción esclava al modelo; las figuras de Menandro tan infinitamente sobadas y provinciales, se vieron, ay, obligadas a aparecer en las tablas cómicas como Medea y Orestes en la tragedia, aunque la pieza fuera descrita y representada en Roma o Alejandría. En esta forma fortuita y petrificada, pasó al occidente la teoría, mejor que la poesía de la obra escénica. Aristóteles, en particular, no supo avanzar desde la casual ilustración ofrecida por las representaciones de su tiempo hasta una bien formulada declaración de la verdad; y los escritores modernos guardan todavía el hábito malsano de volar los terminos "tragedia" y "comedia", siquiera en teoría. Tenemos a un tiempo voluntad de admirar y capacidad de entender entrambos logros atenienses y las causas que condujeron inevitablemente a tal resultado, pero el fundamento del arte dramático moderno está en Shakespeare o en Platón, quien reconoció en teoría que trágico y cómico en modo alguno son términos contradictorios, y como Shakespeare, combinó ambos elementos en sí mismo.

En el arte ateniense del siglo V, como en la tragedia esquilica, los elementos de la Grecia oriental y occidental se compenentran, y cada una realza el efecto de la otra. El Partenón es un templo dórico con friso jónico. A pintores jónicos de frescos monumentales se encarga la representación de las historias homéricas en las vastas superficies de los pórticos atenienses y délficos; su propia contribución es la capacidad para inmortalizar los hechos de la vida contemporánea. Con el espíritu devoto que inspira el poeta de la Oresteya, Fidias, con todo el arte y toda la riqueza a su disposición, intenta crear imágenes de los dioses que satisfagan el sentimiento religioso de su época. Para los griegos resultaron los más cimeros de todos los tiempos, pero precisamente, como ocurre con la tragedia, esa alta tensión en el empeño no dura sino breve tiempo. Luego el elemento jónico se convierte en preponderante; el aspecto humano, subjetivo, se lanza a la prominencia. Ello era inevitable, y el arte así creado fué digno de admiración. Pero en el *pathos* y el *ethos* de los tipos divinos creados por Praxiteles y Scopas no hay más que el carácter mitológico de los dioses de Homero. Son hombres inmortales, y nada más; para Scopas y Praxiteles no eran nada que de eso trascendiera. Y era natural que fuera así; ya que al mismo tiempo la comprensión de lo verdaderamente divino había adelantado, de suerte que su concreción en una persona era meramente simbólica,

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

y no implicaba la idea de una encarnación física. La mayor y más importante contribución de la Jonia fué la procurada por la audacia de los grandes pensadores y observadores del siglo VI; y ésta, ciertamente, al asentar la entera concepción del mundo sobre una nueva base, debía destruir esa bella ilusión de los dioses en forma de hombre que todavía Esquilo y Fidias debieron de haber considerado verdadera. Sólo en el dominio jónico, en el suelo de Homero, tuvo el hombre el valor y la fuerza de arrojar a un lado toda convención, toda tradición, para entrar en el mismo centro del universo y decir: "No eres más que lo que reconozco en ti, no significas más que lo que en ti descubro." La idea no fué en los comienzos formulada con tal precisión, pero tal es el espíritu con que los jónicos madrugadores fueron a su labor: no sólo los filósofos, sino también las naturalezas temerarias que en el mundo de la acción se tomaron a sí mismos por norma de conducta: hombres como Arquíloco el poeta, cuyo subjetivismo, vetado de brutal franqueza y licencia, causó el horror y las delicias de sus contemporáneos y la posteridad. Latía en esa actitud un terrible peligro moral; y Jonia que en nada cambiaba sino en sus maestros, determinó un contagio en la madre patria que ni la sociedad ni el Estado fueron bastantes a subyugar. Mas para las naturalezas vigorosas, el mal venía con su remedio; y el mundo, por su parte, debe al elemento jónico lo mejor que le legaran los griegos: la ciencia, la filosofía, la ciencia natural y la historia, aunque es cierto que fué menester que primero las ennoblecieran los atenienses. Ello transparece con especial claridad en el caso de la historia.

Historia es investigación subjetiva; Herodoto, que no fué varón de poderoso intelecto, nos da, como él mismo dice, la suma de sus propias investigaciones. Ello incluye lo que vió, oyó, leyó y pensó, todo en estrecha yuxtaposición. La mente subjetiva determina cómo y qué puede narrar y conviene que narre. Tucídides, de Atenas, por otra parte, describe la guerra habida entre peloponesios y atenienses: aquí es el objeto el factor determinante. El autor se da cuenta, y la da al lector, de su tema y de su método, indica el grado de credibilidad de sus varias declaraciones, y añade, valgan lo que valieren, sus propias interpretaciones y conclusiones: he aquí alcanzado el método científico. No ha perdido el hombre su independencia, pero ha puesto a sabiendas su fuerza cabal al servicio de una idea, que en este caso es la de la verdad; y, aun habiéndosele patentizado que le será imposible llegar al grado de presentarla pura y completa, no por ello duda

de que exista una verdad objetiva y de que sea accesible al conocimiento humano.

La ciencia natural había empezado, de golpe, por la explicación de la génesis, en general y particular, mediante una osada hipótesis. El investigador labraba sus leyes. La ciencia natural, a su vez, vino a someterlas a prueba, mediante mil pacienzudas, minuciosas, independientes observaciones de la naturaleza, acumulando los hechos, de los cuales, inversamente, podría deducirse la norma. Más importante a tal objeto es el cultivo en el dominio en que la pura abstracción consiente una no interrumpida serie de pruebas: el de los números y conceptos geométricos. Damos ya con un genuino proceso de aprender, del que, con el tiempo tomaron las matemáticas su nombre; aquí el carácter deceptivo de las percepciones sensorias es tan evidente como la existencia de leyes cognoscibles; aquí se manifiestan la necesidad y posibilidad de que muchos colaboren y continúen la labor. No, a través de su hermandad religiosa que, de haber durado, se hubiera convertido finalmente en una secta, ejerció Pitágoras benéfico influjo, sino mediante la metódica organización del estudio, que se convirtió en ciencia en la medida en que volviera su atención a las matemáticas. Al mismo tiempo, y a pesar de todas las hipótesis prematuras, la medicina, rama de observación la más en contacto con la vida real, descubrió por agudo examen y continuo experimento el mejor medio para trabar conocimiento con el cuerpo humano, su naturaleza, sus padecimientos, y conservarle sano, o, si era necesario, curarlo. En astronomía y medicina es donde la diferencia entre el oriente y la Hélade aparece más claramente manifiesta. Millares de años antes, los babilonios habían observado los cielos; millares de años antes, habían preparado los egipcios sus prescripciones de toda clase de drogas simples. Pero ello era hechicería; y aun los griegos debieron pagar un primer escote dejándose embaucar por ella.

En la esfera de la moral, la quebraja ante el *Nomos* de que hablamos era peligro sumo; el entero edificio de la organización apolínea cayó en escombros. La democracia, equitativamente, retó al hombre a que transfiriera su teoría a la práctica, y la actitud mental de la época era tan política, que las gentes tuvieron a Anaxágoras por orate al verle consagrado por propio albedrío, a la vida contemplativa, y rehusando mezclarse en la baraúnda de los políticos quehaceres. Declinaron dar crédito a su buena fe; y el recelo político, aliado al principio de la autoridad establecida, que siempre, naturalmente, se opone a tal nueva tendencia, lo desterró de Atenas. Y

por el mismo hecho de que, en todos los demás campos, fuera aquel principio tan fuerte entre los griegos, la edad que osó expresar y proseguir cada pensamiento que a su inteligencia asomara, cobra su peculiar significación. La actividad, inventiva y audacia del período de los sofistas, con su sobreabundancia de talento, sembró innúmeras simientes, muchas de las cuales, improductivas en aquella época, han recibido justa apreciación del mundo moderno. Así, se hubiera desarrollado una ciencia de la jurisprudencia, de no haber la caída del imperio destruído la única esfera en que podía prevalecer un sistema uniforme de derecho; y la práctica de la profesión legal cayó en manos de picapleitos, mientras la teoría de la jurisprudencia era abandonada a los filósofos, honrados en su busca del principio de justicia.

La especulación moderna ha dejado gradualmente en la zaga la tendencia a considerar a los sofistas con los ojos de Platón, y a imputarles el indiferentismo intelectual y moral. Pero una cosa permanece incontestable: el movimiento, viniendo, como lo hizo, de la Jonia, es racionalista hasta los tuétanos: el intelecto no quiere reconocer que haya cosa que le equivalga. Un profeta como Empédocles, doctor, filósofo y por contera poeta, además de abrigar la altiva convicción de ser tan buen sofista como cualquier otro, pudo discurrir, enalteciendo su revelación, por el Peloponeso; en Atenas no hubiera hallado lugar. El puerto de Atenas, por otra parte, había sido trazado diagramáticamente por un milesio, en el pavoroso estilo de tablero de ajedrez entonces en boga para edificios en nuevos parajes, aunque sólo pudo parecer satisfactorio en el papel, tanto más que ni tomó en cuenta el carácter del paisaje ni era compatible con el sentimiento artístico, que en tan alto grado distinguió a los griegos. Racionalista en su enseñanza, de nuevo, fué el único ateniense cuyas doctrinas sofísticas ofendieran a sus compatriotas, especialmente porque en vez de ganarse una fortuna como solían los enseñantes extranjeros de sabiduría, descuidó su *negocio*. Por nuestra parte, difícilmente exceptuaríamos a Sócrates de la categoría de los sofistas por sus méritos como dialéctico, si la democracia reaccionaria de la restauración no le hubiera ejecutado como persona peligrosa para el bien público. Escogió morir antes que asentir a la menor semeja contraria a su conciencia de rectitud, su Logos, su creencia en la realidad del Dios que no podía demostrar por métodos racionalistas; y la grandeza moral de su muerte ha erigido en pro de

la fe del linaje humano una imagen que rinde testimonio perenne de que el hombre sólo es libre y feliz si puede basar sus acciones en su creencia en Dios, sin requerir un mundo futuro de recompensa y castigo. Ese excéntrico ateniense de cara de Sileno no aspiró a convertirse en un dios como Hércules; se hubiera hallado más a gusto en una atmósfera sabihonda que en una heroica; y se limitó a no hacer nada que no creyera justo. La pretensión de que el albedrío obedezca a la razón —en la mayor parte de casos tan lamentable jactancia— fué en él verdad. Sócrates era ateniense cabal, y por ello leal ciudadano del Estado democrático; pero, como Solón, combina el temperamento jónico con el dórico; y, en común con el legislador, carece de sensibilidad para el misticismo y toda la esfera de lo incognoscible. Sólo se puede comprender su vida como un renuevo de la vida de Atenas; su muerte hace de él el tipo del hombre tal y como puede ser. Por tanto tiempo como sobreviva nuestra raza en el planeta, será experiencia sobresaliente de nuestra educación moral convivir con las horas de agonía de ese caduco y feo plebeyo.

Si a esto podemos llegar, si a Sócrates podemos tener por maestro, sola y enteramente lo debemos a la lealtad y genio poético del hombre (Platón) que emprendiera en el lapso de aquella agonía manifestar a los humanos que, por arduo que pareciera definir la rectitud, el valor, la piedad y cualesquiera otras virtudes allí presentes, el hombre recto y esforzado, y por lo tanto feliz, había demostrado en su propia persona la realidad de aquellas abstracciones. Ello hubiera bastado para acreditar a Platón de bienhechor de la humanidad; pero esa fué sólo una parte de sus trabajos. Con todo cuanto Sócrates y la escuela sofista la enseñaron, combina las matemáticas y el misticismo de Pitágoras. Fundó la escuela que estaba destinada a servir el propósito de una labor científica organizada, y ello por espacio de cerca de mil años, prototipo de todas las organizaciones de su clase. Asentó las líneas fundamentales de toda ciencia filosófica, al erigir —o, de advertir que hubiere hallado mejores modos, al demoler—, los cimientos acarreados por sus manos. Muchas de sus intuiciones fueron sólo comprobadas después de siglos y decenas de siglos; otras esperan todavía su verificación. Ninguna mejor prueba de su fuerza inherente que la energía de los que nos aseguran que acabó su jornada. Puso a Eros como mediador entre el cielo y la tierra; este Eros no tiene mejor morada que los escritos de Platón: mediante ellos, aun hoy día, Psiquis aprende la senda que se remonta al cielo. Pero Platón es griego en cada una de sus

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

fibras, y sólo puede ser entendido mediante su pueblo, y su pueblo mediante él.

Platón era poeta; y aunque por modo cabal fijó la mente en el arquetipo, desdeñando indebidamente el fenómeno individual, y arrinconando enteramente su individualidad en el último término, con todo, con esa individualidad dotada de genio poético, proyectó luz y sombra en pasmosa alternancia en cada campo de contemplación, como la luna llena al pasar sobre los llanos y montañas del Atica.

Requería la ciencia el frío juicio y cautela del sistematizador. Lo halló en la persona de Aristóteles, maestro constructor entre los hombres (*baumeisterlicher Mann*), como le llama Goethe. De sus manos recibió la ciencia por vez primera el trato sistemático del método: los instrumentos de su oficio. La existencia de ese hombre y de su obra demuestran a las edades el carácter artificial de la división entre ciencias naturales y abstractas. Porque aun en su compilación de materiales, trabajó indistintamente para todas las ramas. Fuera ocioso inquirir cuál es mayor grandeza, la de sus propios logros o de los que debieron el ser a su ejemplo: pues más auténticamente sus seguidores continuaron su obra según el espíritu de él al avanzar después de vehementes controversias, más allá de las legadas posiciones, que cuando se contentaron con la reproducción del plano del maestro constructor. Vástago de una familia de médicos, y dotado del temperamento jónico, su más substanciosa contribución a la herencia platónica fué la ciencia natural de Jonia. Pero además se había familiarizado con todas las vigentes mañas de la oratoria ateniense, y discurre autorizadamente sobre lógica, retórica y poesía, y es capaz de tratar de mano maestra todos los géneros literarios. Sin embargo, no descubrió su genio peculiar hasta que combinó la muda simplicidad de la fraseología científica, típica de la Jonia, con el equilibrio y elegancia del Atica. Así vino a ser el padre de la prosa científica, del libro de texto no menos que de la conferencia o la investigación práctica. Aun en rencas traducciones, dió sustento a inteligencias poderosas. Sus reales palabras conservarán resonancia moderna hasta el fin de los tiempos.

Divergencia característica entre ambos filósofos es la de que Platón, el incomparable artista en palabras, combatió fieramente la retórica, mientras que Aristóteles hizo de ella parte cardinal de su programa educativo. La retórica era un poder, y por ella el último la tuvo en cuenta, no sin mayor deferencia al gusto contemporáneo de lo que estimamos justo. Según

la mente moderna, la retórica es el elemento menos grato en la literatura y cultura de la antigüedad. Alcanzamos a comprender que, en la agitación política promovida en el imperio ático, la oratoria, que era necesidad cotidiana en los debates parlamentarios y en los tribunales, debiese forzosamente llegar a constituir un arte, y que apareciese una literatura correspondiente a la de nuestra prensa diaria. También se nos alcanza que la múltiple actividad intelectual de la edad de los sofistas y los esfuerzos tan-teadores de la ciencia, necesitaran un órgano que no sólo transmitiera informaciones prácticas, sino que además cuidara un tanto del efecto. Que esta prosa viniera a ser ática, a pesar de que el lenguaje de Atenas apenas había pasado la primera fase de su desenvolvimiento en la tragedia, era cosa inevitable desde el punto y sazón en que Atenas se puso a la cabeza de Grecia. En la esfera del lenguaje, de todas formas, se consiguió la unidad nacional; pero para nosotros es a primera vista monstruoso que en la edad de Pericles surja una forma fija de oratoria que no sólo compita a sabiendas con la poesía, sino que procure suplantarla, y en realidad logre impedir el desarrollo de todo método poético. Todo el mundo clásico, incluyendo a los latinos, consagró no escasa actividad e ingenio a ese arte elocuente; y su teoría del arte acabó por convertir a la poesía en mera subdivisión de él. Vamos ahora reconociendo más y más cuánto debe la poesía moderna, en particular, a aquella prosa-poesía y sus métodos. El moderno eslabón de la rima fué indiscutiblemente descubierto por aquel Gorgias a quien Platón atacó por adalid de la retórica. Los eslabones intermedios se hallan ante nosotros en la cadena íntegra. Nuestro asombro se apacigua si, en la empresa de librarnos de nuestros prejuicios, llegamos a advertir cuán arbitraria es toda línea demarcadora entre la poesía y la prosa. No sólo los poemas de Walt Whitman, sino una gran parte de los más bellos poemas de Goethe hubieran sido considerados por cualquier crítico de arte griego como prosa. La prosa en realidad implica que el lenguaje avanza por su pie; lo contrario —ya se remonte por los aires mediante uno u otro recurso—, se aplica a toda forma convencionalizada del lenguaje: y que ella sea emitida o no según medidas regulares, es irrelevante, pues basta que la medida lo gobierne. La predisposición helénica relativa al estilo se manifiesta aquí en la creación de una forma definida, y no podemos dudar de que el desarrollo del período requería un nuevo estilo, y uno desembarazado de las leyes del metro, porque en tal cumbre de la civilización, la forma poética ya no bastaba para lo que el mundo debe decir y desea escuchar.

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

Indudablemente consiguió eminencia funesta en la oratoria griega y latina un retintín hueco y convencional, fiado en artificios del estilo; pero espectáculo similar nos procuran la poesía y las artes del cincel y el pincel. Si alguien tiene algo que decir, lo que es el caso de Aristóteles, Polibio y Plutarco, no habrá de dañarle revestir sus pensamientos de forma tal que su efecto se nos haga agradablemente manifiesto aun sin entender el arte a que es debida. Este es el mismo convencionalismo artístico que hoy presta a la prosa francesa, ya sea la literaria o la de culta plática, el encanto que no posee el teutón en igual medida. Y los franceses llegaron a ese logro por una enseñanza retórica tradicionalmente derivada de los métodos de la antigüedad. Que la elegancia no sea cualidad innata en ellos, lo demuestra la informe condición de un escritor tan grande como Rabelais. De estar capacitados para leer las leyes de Solón, advertiríamos que la elegancia ática no fué tampoco don del cielo. Un arte que hallamos aún prevaleciente en los sermones y hagiografía de los bizantinos, es poder no desdñable, aun dejando aparte su valor histórico.

Por lo demás, no se debió en primer lugar a esos recursos convencionales la animosidad de Platón. Era éste suficientemente lógico para apreciar el alto valor educativo de impulsar el pensamiento por períodos regulados (cosa que hartas gentes desconsideran hoy); pero el poeta de filiación celeste sintió que ese mecanismo intelectual era hostil a la directa revelación inconsciente del experimento emocional. El detalle que suscitó su apasionada protesta fué la pretensión de la retórica al recabar la formación de la juventud. Había que empezar según un nuevo sistema, pues ya no resultaban adecuados los antiguos ejercicios músicos y gimnásticos. La duda estaba entre la educación filosófica y científica (Platón pensaba especialmente en las matemáticas, a las que también nosotros consagramos atención), y un entrenamiento convencional mecánico de la mente. No cabe duda de que los retóricos proporcionaron esto último. Retórica es lo que nuestras propias escuelas desean ver florecer mediante la práctica de hablar y escribir en la lengua materna, y retórica lo que se propusieron antaño con el latín oral y escrito. Platón lo repudió por no tratarse de un verdadero conocimiento, mientras que el hecho de que el retórico tomara a su cuidado hablar de todo, irrespectivamente de su grado de información, y jamás intentara celar que buscaba sus efectos nada más, pareció al discípulo de Sócrates descaradamente inmoral. Y cuando Isócrates, el más sistemático y afortunado maestro de retórica, llamó a su

forma de instrucción filosofía, ello debió sonar a burla al filósofo genuino. Platón, en su mocedad, había experimentado en sí mismo que no existía forma poética adecuada para evocar la visión que se le antojaba la más noble de todas: Sócrates en plática con sus discípulos y con los sofistas. Sintió en sí la capacidad de reencarnar directamente esa visión por la facultad reproductiva de la imaginación, sin más convencionalismo estilístico que el de su propio fuego poético. Así pues, en la divina locura del poeta, de que hablara más tarde en su *Fedro*, halló la forma que le convenía. Perfeccionó tal forma, y creó, en la cúspide de su poder, obras en que hallamos todos los méritos de toda especie de poesía y retórica, pero que son, sin embargo, algo enteramente aparte y único. Probablemente sintió en su vejez que la forma ya no era adecuada a la substancia, pero no cuidó de abandonarla; y quien se sienta arrebatado ante el Platón juvenil, perdonará a sus años ancianos el estilo de la caducidad, porque el espíritu que en él late no envejeció. Grandes escritores como Aristóteles y Cicerón, cómodamente adueñados de esta forma característica, que pertenecía naturalmente a un solo período y a una sola persona, la colocaron en el encasillado de su sistema estético, y produjeron sin duda diálogos admirables. Pero aun así éstos no pasan de falsificaciones, y es clasicismo enteramente antiplatónico el que sustenta o quisiera sustentar que el diálogo sea el método verdadero, o siquiera de particular eficacia, para la investigación o exposición científica. El diálogo de Platón es un milagro que edificará al mundo hasta el fin de las edades, como la tragedia ateniense y la comedia de Aristófanes; pero es también ateniense específicamente. Por ello Aristóteles en su mejor producción abandonó el diálogo en favor de la llana exposición de las ideas. Si los esfuerzos de Aristóteles hubieran sido afortunados, la contienda entre la retórica y la filosofía hubiera llegado a composición, al recibir la educación retórica su propio lugar subordinado en la formación filosófica de la juventud. Mas el esparcimiento imprevisto de la civilización helénica no permitió que cundiera esta buena raíz, y en horas más tardías ya faltaba el padre. En el diálogo *De Oratoria*, esa obra de acentuado carácter platónico, Marco Cicerón, aunque perteneciente a la escuela retórica, renueva el intento de subordinar la retórica a la formación científica. Reprodujo, al hacerlo, las ideas de sus contemporáneos, sucesores de Platón en la Academia. Pero no alcanzó éxito ese empeño en Roma ni en Grecia. Una de las más graves señales de decadencia durante el imperio, es el hecho de que la filosofía, salvo donde mantiene su puesto

EL DESENVOLVIMIENTO DEL ESPIRITU HELENICO

en los estrechos círculos escolásticos, ceda la precedencia a la retórica. En los parajes en que más especialmente prevaleciera la lengua latina, la filosofía vino a convertirse en una mera parte de la educación general, mientras que la retórica, gracias a su apego a modelos áticos del estilo, cada vez más cerrados y difíciles, degenera progresivamente en un vano juego de palabras que sólo sirve para disfrazar la decadencia interior que precipita. Y con todo, bella es la vista de la hiedra pegada al tronco de la encina muerta.

U. VON WILAMOWITZ MOELLENDORF

Traducción de José Carner.